

De esa forma el hombre se une a Cristo, se identifica con él. Y como él ha de aceptar el proyecto misterioso de Dios, seguir sus pasos también camino del Calvario. De esa manera, el Padre transforma la abnegación de Cristo en fuente de vida. También sucede lo mismo para sus discípulos, íntimamente solidarios con él. «Esto nos lleva a considerar la solidaridad humana como elemento fundamental del cristianismo» (p. 107).

En definitiva, Cristo realiza la expiación no aplacando la ira de Dios, o sea expiando el pecado como resarcimiento, sino recorriendo junto con la Humanidad el camino de acercamiento del hombre a Dios. Cada cristiano asume el recorrido de Cristo, es decir, renuncia a realizar su vida a su modo, para realizarla según el proyecto de Dios (cfr. p. 108). De esa forma todo cuanto le sucede, también el sufrimiento e incluso la muerte, adquiere una dimensión nueva que expía por el pecado y le permite encontrarse con Dios y permanecer unido a él (cfr. p. 109-112).

Termina con un resumen de los aspectos desarrollados, destacando el encuentro con Dios que supone todo sacrificio, así como el poder de la sangre, fuente de vida, para neutralizar el pecado, fuente de muerte. Se cumple el anuncio de una nueva alianza, hecho por Jr 31, 31, en la cual se prevé el perdón de los pecados. Es en Cristo donde se realiza esa nueva alianza, que se renueva mediante la Eucaristía. Su sacrificio es, sin duda expiatorio (cfr. Rm 3, 24-25; Hb 9, 2 Co 5, 21), una muerte «solidaria» con los pecadores (cfr. 1 Co 15, 3; 2 Co 5, 14). Por otro lado, la muerte de Cristo resulta modelo del culto nuevo: el hombre puede transformar el sufrimiento más incomprensible en una ofrenda sacrificial que, en cuanto vivida «en Cristo», nos lleva a la resurrección (cfr. p. 114).

Una bibliografía selecta y actualizada completa este breve, pero enjundioso estudio.

Antonio GARCÍA-MORENO

José Román FLECHA, *Moral de la persona. Amor y sexualidad*, BAC («Sapientia fidei», 28), Madrid 2002, 336 pp., 15 x 22, ISBN 84-7914-610-9.

Como parte de la colección de manuales de la BAC, el A. ofrece éste que se divide en dos partes. La primera, «Ética general de la sexualidad», está dedicada a tratar de los principios antropológicos y éticos que han de configurar siempre las conductas en materia de sexualidad. El análisis del profesor Flecha hace ver, entre otras cosas, que no todas las antropologías o «ideas» sobre el

hombre sirven para dar razón de la verdad y sentido de la sexualidad. En las visiones inadecuadas de la persona humana está la explicación de los criterios reduccionistas y fragmentarios sobre la sexualidad. Es necesario partir siempre de una antropología que sepa dar razón de la pluralidad de los dinamismos y operaciones y, a la vez, de la unidad e identidad del «yo» o sujeto que las realiza. Es la conclusión a la que conduce también la comprensión bíblica de la sexualidad. De esa fundamentación antropológica derivan los criterios básicos que han de guiar las actitudes de la persona en relación con el cuerpo y el placer, el amor y la vida.

La segunda parte, «Moral sexual específica», se centra en la consideración de algunas cuestiones particulares en materia de la sexualidad. Viene a ser una aplicación de los principios éticos generales estudiados en la primera parte, a los temas y problemas concretos. Encuentran aquí cabida, por una parte, las conductas que falsifican el sentido y significado de la sexualidad (los temas del autoerotismo y la masturbación, el homoerotismo y la homosexualidad, las relaciones prematrimoniales, las relaciones sexuales fuera del matrimonio) y, por otra, aquellas formas de vivir la sexualidad coherentes con la dignidad de la persona (la procreación responsable y el don del celibato).

El libro se abre con una «Introducción a la Teología Moral de la persona». Flecha, que parte de la centralidad de la persona en la valoración del comportamiento humano, analiza aquí las notas o características que distinguen a la persona. Qué es lo que se quiere decir cuando se afirma que la persona es el referente de la moralidad de las conductas. Por qué y cómo la persona es el sujeto y el objeto de la moralidad. Son los interrogantes que el autor aborda en estas páginas. Y se cierra el libro con una «conclusión» dedicada a la «educación de la sexualidad».

La descripción que acaba de hacerse advierte que Flecha reduce su estudio al bien de la sexualidad. El ámbito de ese bien ocupa por entero las páginas de este manual. La consideración de los demás bienes básicos de la persona a los que conducen las tendencias o inclinaciones naturales más fundamentales (la verdad, el amor, la vida o conservación del ser, la socialidad) es remitida a otros tratados de la Teología Moral. Esta opción es, evidentemente, legítima. Con todo, personalmente soy partidario de dar una mayor amplitud de contenidos al manual de la «Moral de la persona». Porque pudiera darse el caso de que, con la elección seguida por el profesor Flecha, alguno de los bienes básicos de la persona quedara sin ser contemplado en los cursos de primer ciclo institucional. (Es lo que ocurre, si no me equivoco, con el bien de la conservación de la vida en la colección «Sapientia fidei»: se envía al manual de «Bioética» que, sin embargo, no aparece en el elenco de manuales del proyecto de edición).

De todos modos, como conoce muy bien el autor, el tratado de la «Moral de la persona» no ha consolidado todavía su configuración. La vida moral, constituida por múltiples y variados actos singulares, es, sin embargo, una. También lo es la Teología como ciencia que trata de esa actividad moral humana. Pero esa actividad (que no es separable de la persona que la realiza), objeto de la Teología Moral, puede ser considerada desde diversos ámbitos o perspectivas, y, como consecuencia, dar lugar a diferentes tratados o partes dentro de la unidad de la Teología Moral. En la actualidad va siendo común distinguir dos partes o tratados más generales en la configuración del discurso teológico-moral dedicado a la «Moral Especial»: el de la «Moral de la persona» y el de la «Moral Social» (v. g. M. Vidal, *Moral de actitudes*: I. *Moral Fundamental*; II. *Ética de la persona*; III. *Moral Social*, PS, Madrid 1999; A. Fernández, *Teología Moral*: I. *Moral Fundamental*; II. *Moral de la persona y de la familia*; III. *Moral Social, Económica y Política*, Aldecoa, Burgos 1992-1993). Otros autores, aceptando ese esquema de división, prefieren, dentro de la «Moral Especial», añadir a las ya citadas una tercera parte a la que, según los contenidos y acentos que se quieren destacar, dan el nombre de «Ética de la religiosidad» (cfr. T. Goffi-G. Piana [eds.], *Corso di Morale*: I. *Vita Nuova in Cristo* [Morale fondamentale e generale]; II. *Diakonia* [Ética della persona]; III-IV. *Koinonia* [Ética della società]; V. *Liturgia* [Ética della religiosità], Queriniana, Brescia 1989-1995). Como se anuncia en el prólogo (cfr. Liturgia [Ética della religiosità, cit., 5]), «Moral Teologal» (cfr. A. Günthör, *Chiamata e risposta. Una nuova teologia morale*. II: *Le relazioni del cristiano verso Dio*, Paoline, Alba 1988; J. Mausbach-J. Ermecke, *Teología Moral Católica*. II. *La Moral Especial. Los deberes religiosos*, Eunsa, Pamplona 1974), etc. Sobre la base de la consideración de la persona como ser relacional, es decir, como ser abierto a la comunión con Dios, el mundo y los demás, el estudio de la actividad moral humana se organiza, de alguna manera, en torno a cada una de esas dimensiones.

La dimensión ética es una característica propia del obrar moral de la persona, caracterizada a su vez por la unidad de su vida moral. Y nunca se insistirá suficientemente en la unidad de la Teología. Por eso, admitido que por razones didácticas es posible estar de acuerdo con la división de la Teología Moral (y de la Teología como tal) en partes o tratados, es necesario no perder nunca de vista que se trata de una organización artificial: la persona está implicada siempre en la totalidad de sus dimensiones en cada una de las acciones que realiza. Creada «a imagen de Dios» que «es Amor», la persona humana es un ser constitutivamente abierto a la relación y comunión con Dios y con los demás, de tal manera que sólo se realiza como tal (y en consecuencia llega a la perfección a la que está llamada) en la medida que ama, es decir, desarrolla su existencia como donación. (La vocación al amor es la vocación fundamental e in-

nata de todo ser humano). La apertura a los demás es, por tanto, una dimensión que ha de estar presente en todas y cada una de las acciones de la persona. A la vez, sin embargo, en los actos que el hombre realiza es posible distinguir —se insiste: sólo a nivel de discurso y de acuerdo con el ámbito más directo de relación— los que se refieren a Dios, a los demás o a uno mismo. Precisamente este último es el campo que tiene delante la «Moral de la persona».

La «Moral de la persona» se ocupa de los actos humanos desde la perspectiva de la persona, considerada ésta como sujeto de la acción y también como regla o referente normativo de la moralidad (esto es propio de toda la Teología Moral); pero esa consideración se centra en aquellos actos que, refiriéndose más directamente a la persona como ser singular, sirven para su realización personal en conformidad con el designio salvador de Dios. Se puede decir que trata de los bienes y valores que la persona ha de observar a fin de responder adecuadamente a su vocación, en cuanto (esos bienes y valores) dicen o tienen una relación más directa con ella misma. De alguna manera y hablando con terminología clásica su ámbito de consideración se podría concretar en el comprendido por las virtudes, consideradas, sin embargo, según el campo propio en que han de actuarse (no como principios y condiciones generales del recto obrar moral) y, además, desde la referencia a la persona que actúa. La «Moral Fundamental» estudia cuanto se refiere a la naturaleza y características generales de ese obrar moral cristiano, a los principios y normas configuradoras de ese obrar en sus aspectos más generales y fundamentales. La «Moral teologal», centrándose en la dimensión religiosa de la existencia humana, trata de las implicaciones concretas directamente teologales de esa existencia, es decir, las que se refieren de manera inmediata y directa a Dios. (Es el tratado clásico de las virtudes teologales y la religión). La «Moral social» considera, desde la perspectiva de la sociabilidad, aquella actividad de la persona que dice relación directa con los demás. (Es el tratado clásico sobre la justicia). La «Moral de la persona» se encarga de reflexionar sobre el obrar moral directamente relacionado con la persona como sujeto singular y en cuanto que, gracias a ese obrar, puede hacer de su existencia cristiana (o llamada a serlo) una respuesta adecuada a la vocación de hijo de Dios.

En el tratamiento de las cuestiones Flecha sigue una metodología clara. Sobre la base de la consideración de los aspectos antropológicos analiza en pasos sucesivos los datos bíblicos y patrísticos, la doctrina del Magisterio de la Iglesia, la comprensión teológica y, finalmente, ofrece un juicio o valoración ética. En el análisis de los temas se tienen en cuenta además los planteamientos actuales. Y también es de destacar el uso tan amplio que se hace de la bibliografía. Al respecto, sin embargo, me parece que la exposición que se hace de los diversos materiales y también el uso tan vasto de los autores en el tratamiento de los temas exige, en los lectores a los que va dirigido el manual —es decir, los

alumnos del Ciclo I Institucional—, una cierta capacidad crítica o de discernimiento. Para conseguir esa finalidad, quizá hubiera sido deseable un recurso mayor a las definiciones o precisión de los términos y conceptos.

El profesor Flecha concluye su estudio sobre el bien de la sexualidad con un capítulo sobre la educación de la sexualidad. Son unas páginas sobre el modo y los medios para vivir humanamente la sexualidad. En el fondo, es el papel de la castidad en la vida de la persona. Me parece un acierto.

No quisiera terminar este breve comentario sin dejar constancia de mi felicitación al autor por este nuevo libro. No es uno más, entre sus ya numerosas publicaciones.

Augusto SARMIENTO

Giuseppe TRENTIN-Luciano BORDIGNON (a cura di), *Teologia pastorale in Europa. Panoramica e approfondimenti*, Massagero, Padova 2003, 14 x 21, 414 pp., ISBN 88-250-1201-2.

Entre los años 1996 y 2000 la revista «Studia Patavina» publicó una serie de estudios como fruto de seminarios sobre la situación de la Teología pastoral en Europa por áreas lingüísticas. Las sesiones se celebraron en la Facultad teológica de Italia septentrional, sección de Padua. Los textos se han recogido ahora en un volumen junto con algunas reflexiones de conjunto.

Los autores son profesores de Teología pastoral (L.A. Maldonado, M. Midali, B. Seveso, A. Toniolo, H. Windisch), de Teología fundamental (L. Bordignon, M.P. Gallagher), Teología moral (G. Trentin) y de Pedagogía religiosa (G. Adler); se añade un profesor valdense (E. Genre) y un metropolitano ortodoxo (G. Limouris). Pasamos revista a los desarrollos de la Teología pastoral tal como se presentan en el libro [vid. más ampliamente, sobre la evolución de la Teología pastoral, «Scripta Theologica», 32 (2000) 433-470]. En un segundo momento ofrecemos una breve valoración.

a) *Los desarrollos de la Teología Pastoral según las diversas áreas*

1. En el área de lengua alemana es conocido el nacimiento de la Teología pastoral por obra de F. S. Rautenstrauch (Austria, 1777) en contexto febroniano, una impronta bíblico-eclesiológica en J.M. Sailer, y sobre todo la perspectiva de A. Graf, profesor de Tubinga, que concibió la disciplina como ciencia de la «autoedificación» de la Iglesia». En el campo protestante destaca F.D.E. Schleiermacher, que prima la perspectiva subjetiva sobre la eclesial. En la estela de Graf